

**historia  
y  
sociedad**

---

**también  
POESIA  
CONTRA  
la  
criminal  
AGRESION  
norte-  
americana  
a VIETNAM**

---

**suplemento · 3**

# EDITORIAL

## También poesía contra la criminal agresión norteamericana a Vietnam

**A**ntes de que el Comité Mexicano de Solidaridad con Vietnam recibiera del presidente Ho Chi Minh la carta fechada el 20 de marzo en Hanoi, capital de la República Democrática de Vietnam, carta que enaltece la acción del comité y alienta sus proyectos, la dirección de *Historia y Sociedad* ya había decidido unirse a la campaña nacional en apoyo a la mil veces heroica lucha del pueblo vietnamita presentando en este No. 8 una selección de poesía de protesta contra lo que el secretario general de la ONU, U. Thant, calificó como "la guerra más salvaje del siglo".

Poetas de México, de la Argentina, del Uruguay y el gran Nicolás Guillén de Cuba han unido sus voces en las páginas de nuestro suplemento. Estas voces forman un coro de airada denuncia de los crímenes de guerra que Johnson y sus cómplices de la Casa Blanca, del Pentágono y de los grandes monopolios cometen para sostener la tenebrosa prosperidad de una economía de guerra, que compromete también históricamente a todo el pueblo estadounidense.

Johnson ha dicho que el viejo mundo de Asia debe compartir el progreso del Occidente y para ello ha enviado a más de medio millón de hombres pertrechados con los más destructivos armamentos que son utilizados desde el aire, desde el mar y en tierra para asesinar, destruir, quemar, violar y agredir a un pueblo que está demostrando, con asombroso heroísmo y los más claros fundamentos políticos, que ni el más asqueroso genocidio puede acabar con sus ansias de liberación.

"Para restablecer la paz duradera en Vietnam —ha

escrito el presidente Ho Chi Minh a los mexicanos— el imperialismo de los Estados Unidos debe cesar en su guerra de agresión, cesar definitiva e incondicionalmente sus salvajes bombardeos y actos belicosos contra la República Democrática Vietnamita, retirar del sur todas sus tropas, reconocer al Frente Nacional de Liberación como único y legítimo representante del pueblo survietnamita y dejar al pueblo vietnamita resolver por sí mismo sus asuntos internos, sin intervenciones extranjeras". Al final de su mensaje el presidente de la RDV expresa: "Espero que el Comité Mexicano de Solidaridad con el Vietnam refuerce sus actividades y haga comprender mejor al pueblo mexicano y a los de los otros países de la América Latina la justeza de la lucha del pueblo vietnamita y la naturaleza criminal de la agresión norteamericana". *Historia y Sociedad* espera que este conjunto de poemas sirva también, entre los muchos medios que los mexicanos y los latinoamericanos utilizamos, para hacer conciencia y ampliar al máximo la solidaridad de todos los sectores con el pueblo de Vietnam.



178

# Pequeña Oda a Vietnam agredida por el imperialismo Johnwate r

*Para el Comité  
Mexicano de Solidaridad*

*Cu. Viet Nam Guillen*

(Para el Comité Mexicano de  
Solidaridad con Vietnam)

NICOLAS GUILLEN  
Cuba

Viet Nam, miro tu rostro, y odio en tu rostro veo.  
Rabia en tu rostro, y fuego. Miro tus manos: uñas  
largas veo en tus manos de hierro, y el fusil  
con el ojo mecánico recto en tu grito puro.  
Miro tus pies. En marcha veo tus pies y firmes  
sobre el camino en armas de piedra y piedra. Miro  
tu dura frente y puedo penetrar su secreto.

¡Muerte al que invade!, dice tu pensamiento. Dice  
la patria es alta Dice está en el viento Dice  
y en la montaña Dice está en los bosques Dice  
está en los héroes Dice está en la espuma Dice  
está en el plomo Dice está en el sueño Dice  
en el despierto sueño la patria grande y dulce.

El suelto guerrillero apunta y tira y mata.  
El alto avión abajan fijos cañones balas.  
Corta el aire sangriento veloz machetes filo.  
Miro a lo lejos, miro. ¡Mira a lo lejos, mira!  
Va la victoria enhiesta en bayonetas rígidas.  
En los finales mástiles van gritos, mueras, hurras,  
y Nunca Más y cantos. Himnos y Nunca Más,  
y fuera y Nunca Más. Y nunca Más, Viet Nam.  
Más Nunca, Nunca Más, Viet Nam, y Nunca Más.



## Silencio en la calle cien

LUISA PASAMANIK  
México

La Calle Cien  
no es una calle cualquiera  
es una calle de Los Angeles  
y Los Angeles están en California  
y California está en los Estados Unidos  
y Estados Unidos —el país más grande del mundo,  
el país más poderoso de la tierra, el país más país  
que cualquier otro país  
según rezan los anuncios, según prescribe la burbujeante  
Coca Cola y la sin igual Pepsi,  
está sentado sobre un barril de pólvora mojada (ay del  
día en que la pólvora se seque y alguien le acerque  
una mecha larga, larga),

está sentado dije  
sobre una catedral de sombras —debajo hay estiércol:  
mucho estiércol y cadáveres—  
donde arcángeles blancos, negros, amarillos arcángeles  
custodian un ataúd lleno de dólares.

Todo empezó un día ¿recuerdan?  
en La Calle Cien  
en La Calle donde viven negros y mexicanos  
donde viven hombres y mujeres  
donde todos quieren comer dormir copular  
donde no siempre hay trabajo suficiente, comida suficiente  
y camas suficientes para hacer el amor.

O, tal vez, todo empezó antes,  
antes de que Marilyn se llenara el estómago de barbitúricos  
y dejara so sonreír con su sonrisa de niña extraviada  
[en un bosque  
o antes, mucho antes  
de que los jovencitos y las jovencitas se colocaran en el om-  
bligo desnudo flores de marihuana,

o tal vez antes, mucho antes aún  
cuando la histeria no tenía todavía la altura de un rasca-  
cielo ni se escondía en la Casa Blanca desplegando sus alas  
[como un enorme murciélago,

o tal vez, fue antes, mucho antes  
de que la náusea tomara el cuerpo escultural de Miss Uni-  
verso y se paseara por la Quinta Avenida llevando  
atado a una cadena a un hombrecito de cara azul,

o antes, tal vez todo sucedió antes, mucho antes  
de que existiera Watts, el Barrio Negro,  
antes de que existiera Harlem con sus dedos acusadores y  
[sus altas fogatas de miseria y hedor,

o tal vez antes, mucho antes,  
tal vez todo empezó en el Sur,  
cuando Lincoln repetía que sólo se puede engañar a algunos  
[durante un tiempo,

a muchos durante mucho tiempo,  
pero que no se puede, no, no se puede engañar a todos du-  
[rante todo el tiempo.

O tal vez, todo empezó después,  
después de Auschwitz,  
después de Hiroshima,  
después de Treblinka,  
después de Nagasaki,  
después de Corea,

o quizás, todo empezó de golpe un día en Vietnam,  
digamos  
en Vietnam,  
repiteamos  
en Vietnam,  
gritemos, aullemos con todo el aire, el viento, el mar, que  
[cabén en nuestros pulmones  
en Vietnam,

o tal vez, todo fué  
un error lamentable  
que zarpó a bordo de un lanzallamas fantasma  
o montado sobre una bomba-yarará, un error  
que empezó a reptar en Cuba primero y en Santo Domingo  
después, por culpa de los cuchillos que como una baba es-  
pesa viscosa penden de las comisuras de los labios,

o por culpa de la sed inacabable que turba y masturba a las  
y las hace reír tan sexy darling y estúpidamente. [niñas a go gó

Silencio.

Hay demasiado silencio en La Calle Cien.

Despejen rápidamente las aceras, los muros.  
Quitense todos a un tiempo los disfraces,  
arrojen al suelo las máscaras  
quédense allí  
desnudos solos desnudos.

Silencio.

Hay demasiado silencio en La Calle Cien.

Aguzen el oído la sangre el hueso.

Todo empezó un día una vez  
en algún sitio, de alguna manera, por alguna causa.  
Regístrense los bolsillos,  
abran las gavetas de su corazón hasta hacerlo sangrar,  
echen abajo las mesas redondas,  
miren por encima, por debajo, por detrás  
de la OEA, de la ONU, de la OTAN, de la ACI, del FBI,  
[de todas las siglas,  
auscultan los signos, las cifras que flotan  
como una catástrofe.

Todo indica

que

para escuchar el odio que como un ácido corroe la piel  
para captar en su clamor el hambre  
que como un tam tam enloquecido bate las aletas del sueño  
para tocar hasta el fondo del horror  
que los niños con sus manos inocentes recogen de todos  
los basurales del mundo y lo reparten  
desde Nairobi a Buenos Aires,  
desde Yakarta a Upsala,  
Hay que tenderse en una noche oscura  
y arrancarse los ojos sin gemir.

Porqué

hay silencio

en

La Calle Cien.

Demasiado silencio.

## **En Vietnam las puas gotean nubes de corderos**

JUAN BAÑUELOS  
México

Gusanos de sesenta inviernos aspiran sangre y el  
fosforescente silencio del Napalm.  
La ceniza amarilla de los niños silba una sed de  
flores y de frutos, de pájaros y arroz,  
mientras en un Rancho de Texas se asa a la parrilla  
la res lazada en la mañana,  
y huele igual que el cuerpo en llamas de una madre  
[de Da-Nang

La mueca torva del fusil se hunde en las cuevas de estóma-  
gos hendidos; las puas gotean nubes de corderos  
y el esplendor del aire es un vellón sombrío.  
Todo. Todo será bajo las mangas de helicópteros  
y del monzón que rueda como un tanque ciego. Todo será.  
Y la muerte en cada bombardeo no detendrá al sol.

Decid en cada calle, en cada casa de todas las ciudades,  
que en cada fosa que se cierra un arrozal furioso se le-  
[vanta

(yo no conozco, hermanos, vuestras tierras, pero  
veo las fotos, alguna rápida película, y lo sé todo:  
Y en la estremecida quietud de cada rostro sorprendo  
el incendio deslumbrado de un pueblo,  
para que el futuro comience allí donde se acaba la palabra).

# Palabras sobre una mesa

OSCAR OLIVA  
México

Haber visto y oído  
La furia de un día  
Al abrir la puerta  
Tener los pies en América  
Y descubrir que se camina en Hanoi  
Ver adentro de la lluvia  
Que se va hacia cataratas oscuras  
Dormir en la ciudad de México temblando  
Despertar en este remolino  
De república desconcertada  
Que pasa por mis nervios  
Por los ojales de mis cuadros venosos  
Todo esto impreciso y simultáneo  
Que no he visto ni oído  
Como si a mi mujer le estallara una  
[bomba en la falda  
Como si al viento le arrancaran los pelos  
Esto de ponerme a gemir en el pozo que recuerdan  
mis labios  
Por esos hombres  
Que duermen con las piernas en las piernas  
[de las armas  
Golpeo estas líneas sobre la mesa  
Me incorporo para abrazarlos  
Riéndome de los gendarmes que rodean mi edificio  
Mientras ustedes matan y mueren  
Compañeros yo canto con los ojos abiertos  
Los saludo desde este oficio de escándalo  
En este país  
Donde el obrero despierta sobre los hombros de un  
[animal putrefacto  
Pueblo como el sol como el mar  
Mientras espero  
No la muerte  
Sino el acto amoroso de azahar rodando escaleras  
O tal vez policías  
Que  
Sin ningún motivo  
Me aprehendan. . !

## Cuerpo a cuerpo

JAIME AUGUSTO SHELLEY  
México

El invierno ha colgado, definitivamente, su hamaca  
y las mentas salvajes y sus arrugadas cuerdas,  
sin clavo y sin jardín  
abandonan bajo tierra,  
su espesa comunión de frutos.

No viene nadie en el invierno.  
Se han ido las uvas y las fresas  
a rendirle pleitesía  
al orden de las plantas que ocultan su semblante  
[al frío.

¿En qué noche despierto entonces,  
cuando como a la luz de un cirio  
abro los ojos?  
Aborrezco mis ventanas  
porque sólo tienen árboles  
y yo quiero asirme de los huesos,  
del grito de los niños y los pianos.  
Me asomo a las ventanas de hogares solos,  
buscando libros o papeles que me digan algo.  
Voy de cuadra en cuadra  
procurando ruidos, gestos, manos tendidas hacia  
[alguien.  
Se me queman los brazos cuando no agito una  
[bandera.

Siento la herrumbre y el ocio  
saltar sobre mis venas,  
teñirme las palabras y los actos.  
Voy por el vocablo humano  
como por una celda vacía.

Y es por la patria  
por donde transito  
y doy zarpazos de león de feria  
y a horcajadas sobre sus desvencijados lomos  
cabalga entre mortajas y crespones negros.

Tengo la paz clavada en el estertor y el grito.  
¡Cómo me arrodilla el silencio!  
Y quiero asirme de los huesos y la carne,  
gritar,  
patear los diarios que me hablan  
de los muertos en Vietnam.

Y es, sobre todo, por las noches,  
en esta habitación de paredes blancas  
y muebles en reposo,  
cuando reconstruyo campos calcinados,  
el ruido de metralla  
y un clandestino movimiento de patriotas.

Mis amigos,  
mis hermanos en prisión,  
son una geografía,  
un mapamundi sin naciones.  
Mis amigos,  
los que dejan una estela de anónimo futuro tras sus  
[pasos,

mis hermanos perseguidos y acechados,  
y los que jamás han vuelto,  
en Colombia o Brasil,  
En Australia o Santo Domingo,  
tienen una sola voz,  
un mismo puño. . .

Y entonces hacia mi corazón,  
como hacia una caldera al rojo vivo,  
corren mis viejas inquietudes,  
los pequeños embargos  
y las úlceras marchitas.

Y vuelven las palabras,  
fluyen de un manantial inagotable.  
He gritado hasta perder la voz,  
y ahora escribo estas palabras:  
¡Vietnam, patria, pueblo mío!

## "Habla Ben Tay Ninh"

*De la Semana Uruguaya a  
Vietnam*

PAULINA MEDEIROS

El espíritu del camaleón cortó las aguas terrosas  
con sus alas de dragón y dedos en racimo.

Por su pecho sube la eterna marea,  
y son rostros inundados los que vuelven  
por ella.

Me sujeta a su limo  
el espeso cabello, el espeso pavor  
pues yo, niña, habito dentro de la muerte  
de innumerables viejos.

A veces mis cinco años, en un soplo, recuerdan:  
Cuando navegaba en sampán, mojado mis dedos en ban-  
[das de agua amarilla.

Juntaba a ratos flores, y un nombre respondía.  
Tres pétalos que al aire se sumaron. "Ben Tay Ninh"  
"Estoy aquí". "Aquí"

Derrumbaba las aves con la ballesta de mis ojos.  
Aunque pequeña, mi risa  
alzó la frente  
y el borde de oro de una floresta entera.

Abría sin tocarla la puerta de la escuela:  
Ben Cau. Linh Funh. En ellas.  
quedaron entre escombros, cien niños retorcidos  
junto al umbral del mundo que nos dejó morir.

Con perfidia,  
hombres rubios, aliados a dictadores amarillos,  
encenizan mi tierra liberada:  
nuestro cielo —abierta cúpula rapada entre vidrieras  
[de color—,  
con amaneceres que se irisan en la carne del loto,  
nuestro cielo antes desplegado  
como el estandarte de un pavo real.

Vapores ponzoñosos reptan por los bambúes  
y allí sofocan la minúscula semilla y su rubor.

Incendiada, quise atrapar la bata materna.  
¿Busqué hablar. Como trapo de inútil parlamento,  
fue mi lengua. Columpiada entre llamas, segada de mí.

Esto hicieron conmigo.  
¿Quién llora por mí, pequeña criatura del Viet Cong cuyo  
[crimen es haber nacido de dientes de león?  
¿Qué niño pedirá que junten mis miembros gangrenados,  
mi carita de flor,  
agujereada por los gusanos ardientes del napalm?

Un cuarto de millón de niños no tienen reposo;  
muertos, se preguntan todavía  
por qué asfixian vidas apenas emplumadas  
que aun guardan el secreto de un seno de mujer.

Mi vestido fue una nube. Mis hermanos llevan ahora un  
[turbante verde.

Me chistan y reprenden  
y una sombra obediente  
oscila entre los manglos, y camina  
sin pies.

Oh ¿quién hablará por mí, blanco o negro?  
Para que mi voz pueda volverse fuente en la flor devastada,  
rocío en la mejilla materna donde cuelga una lágrima im-  
[potente, ennegrecida por el napalm.

Hablad por mí, hablad todos por mí,  
niña incendiada al huir de su escuela abrasada,  
tendiendo los brazos hacia fuera, hacia ti.

Conjurad el tifón. Veintiún años de guerras desatadas,  
veintiún años que no llegué a vivir.  
Por los niños asiáticos, cruelmente refugiados en la cala-  
[baza de enorme calavera  
nacidos en el cráneo de la muerte,  
te llama Ben Tay Ninh.

## Palabras por Vietnam

*A los que han muerto defendiendo la libertad contra el invasor yanqui.*

JORGE AGUILAR MORA  
México

Me opongo a la vejez de los hombres  
y a todo lo que aroma decadencia,  
porque entonces la sangre no deifica.

Sangre: perra de patíbulo  
virgen desterrada sin cadenas,  
la tierra que llevo dentro nadie me la quitará,  
con ésa alimentaré al vencido,  
al hermano de Asia,  
al niño que navega por el vientre  
como su madre navega por los muertos  
acosada por los yanquis y tiranos;  
con ella los alimentaré  
aunque me quede sin alma;  
porque yo no tengo voz que llegue lejos,  
sólo manos y tierra que forman palabras,  
puentes sobre el tiempo que ya no es de todos.

Vietnamitas, hermanos del pecho prematuro,  
padres de mi misma caminata;  
si ellos, marinós, si ellos, pozos de estiércol,  
los siguen a ustedes por ser vírgenes de angustia,  
no dejen entonces que amanezca a pasos:  
detengan la luz sobre el Mekong  
y los copos del sol sobre su aire.

De ellos es el gas vespertino, alucinante,  
de ellos es el miedo de su propia tumba  
(ellos aman las tumbas que se abren y se cierran y se  
[abren]),  
por ellos este día ya no es día, y no es de ellos,  
porque ustedes lo tienen prisionero.

Sí, de ellos es la sangre azucarada  
y de ustedes el futuro y el dominio de la muerte  
sobre todos,

de ustedes bebe el tiempo sus raíces,  
para fundar otro reino sin odio, ni dinero;  
de ustedes, madres que no esperan a la vida,

de ustedes es el momento preciso e inmutable  
para cerrar los sepulcros y caminar sobre surcos  
o sobre cielos, si quieren, olvidando que morimos...  
pero ustedes siguen muriendo en este segundo de lluvia  
y mi palabra es pequeña,  
y mi palabra no alcanza su muerte,  
su muerte es mucha.

Muerte que recorre los oídos,  
que turbas los besos de todos los que son ciegos,  
¡muerte!: no dejes reposar a los tiranos,  
no dejes dormir a los indiferentes,  
no dejes cerrar las heridas de los verdugos,  
muerte, no dejes en paz a ningún muerto  
hasta que tú mueras.